



PLATÓN EN EL MÁSTIL

Marcela Castillo Villegas*
Universidad de Caldas

¿Qué cantaban las sirenas al oído de los navegantes? Ni siquiera Odiseo llega a saberlo completamente, el poema nos dice que ellas lo endulzan, se acercan asegurando conocer las penas sufridas por los argivos en Troya, y seducen con la promesa de su sabiduría:

Nadie en su negro bajel pasa aquí sin que atienda
a esta voz que en dulzores de miel de los labios nos fluye.
Quien la escucha contento se va conociendo mil cosas.
(La Odisea, Canto XII).

Pero cuando queremos escuchar más, la desesperación de Odiseo por ser desatado hace que los marineros avancen temerosamente y nos alejamos de estos bellos monstruos deseosos a la vez por dejarnos arrastrar. ¿Qué dirían?, nos preguntamos, y ¿en qué consistía el famoso peligro de su canto?

¿Aprobaría Platón esta parte del poema homérico?, ¿o quizá estaría sujeto también a la censura? El filósofo no menciona directamente este pasaje, pero en *La República* acompañar a las Moiras y su canto es esencial en la música de las esferas: “... en lo alto de cada uno de los círculos estaba una sirena que giraba junto con él y emitía un solo sonido de un solo tono, de manera que todas las voces, que eran ocho, concordaban en una armonía única” (617 b, pág. 545, 1988).

Sabemos que Platón empleaba mitos y su lengua es elocuente gracias a estos recursos tomados de la poesía. Pero a la vez nos advierte sobre este poder, Odiseo

*Recibido: 02 de mayo de 2014. Aceptado: 06 de mayo de 2014
Contacto: maquinalliteraria@gmail.com



no pasa la prueba platónica, es demasiado curioso, astuto, capaz de mentir –en *Hippias menor* se le *reconoce* por esta característica–, como para ser la figura heroica que se requiere como modelo; lo vemos lamentarse de su condición, desear morir para luego apegarse con fuerza a la vida y sus placeres, y nada de esto parece apropiado al Platón de *La República*.

Para nosotros, los héroes homéricos no son tan lejanos –es extraño, teniendo en cuenta el tiempo que nos separa– pero es justamente lo que critica el filósofo ateniense lo que los hace tan cercanos: el dolor por la muerte de un ser amado, la dura lejanía, la pasión desmedida. Al leer *La Odisea* pensamos: ¿nos habríamos quedado al lado de Circe, la hechicera? ¿O preferiríamos la inmortalidad ofrecida por la bella Calipo? ¿Tendríamos, como Penélope, la habilidad para distraer a un grupo de hombres agresivos? ¿Fue justa la sangrienta venganza? ¿Tendríamos la fuerza de Odiseo para superar los obstáculos?

El antiguo poema sigue en nuestra imaginación, Virgilio se inspiró en él para escribir el viaje de regreso de Eneas a Roma y fundó con ello un origen más noble para El Imperio, pero la metáfora del viaje y la vuelta al hogar ha calado hondamente y aparece con frecuencia –aunque con ciertos cambios– a lo largo de nuestra historia.

La Odisea, como las grandes obras, hace muchas cosas, entre estas nos lleva a pensar en nuestras acciones, en esa medida ofrece un tipo de sabiduría que no se limita a servir como guía, digamos estática de conducta, más bien, nos impele a reflexionar y nos ayuda a comprender las motivaciones y el sufrimiento de otros. A pesar de esto, Platón parece pensar que el peligro de la poesía radica en que los jóvenes podrían imitar lo que allí encuentran, y aunque ignoramos, en buena parte, el efecto que causaba entre los griegos antiguos, podemos comprender las diferencias entre lo que ofrecía esta clase de sabiduría y la propuesta revolucionaria de Platón. La disputa entre poesía y filosofía se debe, en parte, a que ambas competían por un lugar privilegiado en la vida moral de sus lectores y partícipes:



[c]uando topes, Glaucón, con panegiristas de Homero que digan que este poeta fue quien educó a Grecia y que, en lo que se refiere al gobierno y dirección de los asuntos humanos, es digno de que se le coja y se le estudie y conforme a su poesía se instituya la propia vida, deberás besarlos y abrazarlos como a los mejores sujetos en su medida y reconocer también que Homero es el más poético y primero de los trágicos; pero has de saber igualmente que, en lo relativo a poesía, no han de admitirse en la ciudad más que los himnos a los dioses y los encomios de los héroes . Y, si admites también la musa placentera en cantos o en poemas, reinarán en tu ciudad el placer y el dolor en vez de la ley y de aquel razonamiento que en cada caso parezca mejor a la comunidad (606 e, pág. 527, 1988).

El autor de *La República* tiene buenas razones para expulsar y censurar a los poetas –esto incluye la tragedia, la comedia, la música y la lírica que generen emociones como el amor exclusivo por otros y los cantos al dolor, sin importar de dónde provenga–, pues teme que el poder de la literatura llegue a ser irresistible, como la voz de las sirenas; hay que tachar de los textos, entonces, toda alusión a los dioses como si fueran imperfectos, a los hombres como títeres de las pasiones, toda muestra de temor por parte de los héroes, toda mención al Hades como lugar terrible, y, en suma, todo lo que pueda infundir cobardía a los guardianes y guardianas, así como las partes que muestren a los dioses caprichosos o malvados; incluso hay que censurar los pasajes donde se escucha su inmortal risa.

El filósofo ateniense comprendía el enorme poder de la poesía y de las emociones, la manera en que la música inflama nuestras pasiones, la forma en que nos entregamos a la tristeza o la nostalgia a través de ella; y creía que el alma y las acciones deberían ser gobernadas por un principio racional, un principio que pudiera protegernos de las partes mayoritarias del alma. En diálogos anteriores parece confiar en que cada hombre puede hallar este principio con la guía correcta, pero en *La República* no se muestra tan seguro, y ante la dificultad de dominar nuestras pasiones, prefiere imaginar un mundo donde lo poético no contribuya a exacerbarlas. ¿Podemos culparlo por esta actitud? Muchos han sido sus contradictores, y la guerra contra la poesía –y arte en general, al menos como lo entendemos hoy– ha encontrado buenas defensas basadas en una mayor confianza



en el ser humano. Noel Carroll, por ejemplo, en *Una filosofía del arte de masas*, anota que Platón exageraba al pensar que el arte tenía tanto poder sobre las personas, no salimos a matar porque lo vemos representado en una obra teatral, o por las pinturas, canciones o libros, su argumento es muy rico para ser reducido aquí, pero se basa además en la idea de que las artes implican cierta reflexión, no somos Odiseos atados a un mástil, no estamos inermes ante los poetas y artistas, podemos pensar, tener una actitud crítica frente a las obras, pero, sobre todo, podemos preguntarnos qué haríamos al ser los protagonistas de una historia, y qué haríamos también en la vida real. Martha C. Nussbaum, otra filósofa contemporánea, retoma y actualiza la posición de Aristóteles en esta disputa para recordarnos que la poesía tenía un carácter terapéutico y didáctico, pero además “filosófico”, pues nos llevaba a pensar en lo que podría pasar.

No quiero ignorar el poder de las artes y sería estéril generalizar, sobre todo en este caso –pues el arte parece ser uno de los lugares privilegiados de la subjetividad–, por ello, regresando a *La Odisea*, prefiero pensar que seguiremos soñando con las voces de las sirenas, imaginando posibilidades... Aunque no sé si he interpretado bien, recuerden que las sirenas cantan, precisamente, lo que cada uno desea escuchar.



Referencias Bibliográficas

Platón (1988). *La República*. Alianza Editorial, Madrid.

Homero. *La Odisea*, “Canto XII”. Recuperado de:

http://fahuweb.uncoma.edu.ar/archivos/OBRA_HOMERO_LaOdisea.pdf